

Article

La distancia justa. Huellas y huecos de lo judío en Sergio Chejfec

FLAVIO FIORANI

Università di Modena e Reggio Emilia

Resumen. El ensayo analiza dos novelas y un cuento de Sergio Chejfec. *Lenta biografía* es el intento de recrear el pasado europeo del padre del narrador con su carga traumática. En *Mis dos mundos* Chejfec narrativiza la disolución de la experiencia del paseo por un parque al tiempo que convoca una trama familiar habitada por rasgos y vestigios de un pasado fracturado. El cuento *El Extranjero* despliega la no pertenencia espacial como lugar de origen y la herencia judía como exilio. Todos los textos están marcados por coordenadas espacio-temporales inciertas, mezclan ficción, autobiografía y ensayo y hacen de la errancia y la excentricidad el lugar más apto para desplazar sentidos cristalizados de la condición judía.

Palabras clave: condición judía, legado, no pertenencia, rememoración, Sergio Chejfec.

Abstract. The essay deals with two novels and a short story by Sergio Chejfec. *Lenta biografía* is an attempt to recreate the European past of the narrator's father with its traumatic burden. In *Mis dos mundos*, Chejfec narrates the fade of the experience of walking in a park while at the same time evokes a family plot inhabited by features and traces of a fractured past. The short story *El extranjero* tells the spatial non-belonging as a place of origin and the Jewish heritage as exile. All texts are marked by uncertain space-time coordinates, mix fiction, autobiography and essay. They present errancy and excentricity as the most effective position to displace crystallized meanings of Jewish condition.

Keywords: detachment, Jewish condition, legacy, remembrance, Sergio Chejfec.

1. Introducción

Sergio Chejfec hizo de la imposibilidad de la totalización –de la propia identidad en primer lugar– uno de los ejes de su proyecto narrativo¹. Una perpetua condición de extranjería marca la obra de un escritor que convoca a Juan José Saer como su ancestro y se presenta bajo el signo de la excentricidad. Su poética y su intento de reconstruir el

¹ Sergio Chejfec (Buenos Aires 1956) es autor de narrativa y ensayos. A los 34 años publica su primera novela *Lenta biografía* (Puntosur, 1990) y se instala en Caracas donde se desempeña como redactor en jefe de la revista «Nueva sociedad». A partir de 2005 vive en Nueva York y trabaja como profesor de escritura creativa en español en la New York University.

sentido de la experiencia giran en torno a la reflexión digresiva, la especulación, la rememoración, la distancia, las trampas de la memoria, el débil anclaje de los personajes a los espacios, el fraseo extenso, la errancia de un sujeto desterritorializado. De allí que la excentricidad sea el territorio más fértil a partir del cual esbozar los rasgos de lo judío de un narrador que en las autoficciones analizadas a continuación es un apenas solapado Sergio Chejfec. Textos que se presentan como una agregación inestable, con pocas marcas referenciales precisas, se concretan en la descomposición de la novela tradicional y hacen un uso desviado del registro autobiográfico.

La noción de pertenencia judía, en este caso, puede seguramente vincularse –más allá de una obediencia a la memoria personal– a una «escritura que hace de las formas discursivas propias de la evocación su modo de regulación»², aunque las maneras de volver al pasado no están obligatoriamente vinculadas a experiencias personales. El propio Chejfec duda del carácter judío de dicha inclinación narrativa y sostiene que el recuerdo y «las dificultades para dar forma a nuestra memoria»³ no solamente permiten tratar cuestiones cruciales «de una manera alejada de cualquier plano fuertemente referencial»⁴, sino que producen narraciones que desplazan el sentido cristalizado en recuerdos familiares y temas vinculados a la condición judía.

Si la evocación –sea como actividad sinónima al recuerdo, sea como actividad narrativa– es una estrategia que apunta a desentrañar huellas de su condición de hijo de un padre único sobreviviente de una familia judía polaca víctima del exterminio nazi, cabe decir que la historia familiar del autor nunca llega a completarse como relato. Recordar –inmemorialmente del pueblo judío– produce de entrada una reflexión sobre las múltiples posibilidades de ramificación del relato mismo. Es más: produce un relato donde el exilio y la carencia son los factores constitutivos de toda identidad y postula la indeterminación como factor inherente al ejercicio literario. De alguna manera el ejercicio literario de Chejfec pone en escena la carencia que estructura toda identidad y plantea la positiva revalorización de esa falta. Se mueve en una instancia de indefinición donde el mundo y los sujetos que lo habitan exhiben su problemática e inasible consistencia. Lo que, por consiguiente, relativiza la noción de arraigo y abre a la idea de morada como lugar provisional y en devenir y a una apertura crítica de la pertenencia que para los judíos argentinos significa construir patrias imaginarias bajo el signo del desarraigo y la desterritorialización.

2. La singularidad judía surge de la ausencia

En *Lenta biografía* (1990), la primera novela publicada por Chejfec, la imposibilidad del recuerdo es el disparador de una narración autobiográfica que quiere rescatar el pasado oscuro del padre, un pasado congelado y al mismo tiempo ejemplificador en tanto que su conocimiento puede aclarar y validar el del hijo porque «quizá los dos sean una misma cosa virtual y abigarrada»⁵. En una novela que se ha considerado como un ante-

² S. Chejfec, *Marcas en el laberinto. Literatura judía y territorios*, en *El punto vacilante. Literatura, ideas y mundo privado*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2005, p. 125.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ivi*, p. 126.

⁵ S. Chejfec, *Lenta biografía* [1990], Buenos Aires, Alfaguara, 2007, p. 145.

cedente de la posmemoria autoficcional en la literatura argentina⁶, el pasado traumático opera como una grieta insalvable y estructura la identidad de un padre (y de un hijo) que no logra desprenderse de su pasado europeo⁷. Oscilando entre presencia y ausencia, entre mirada retrospectiva y presente del interrogante, la novela vendría a ser un intento de configuración de un sujeto que quiere inscribirse en una genealogía articulando un relato sobre el pasado. Relata el deseo (fallido) de poner en escena la palabra del padre para encontrar el sentido del presente y trabaja la errancia y la fracturada condición del narrador que vive la oclusión de su propio origen. Afirmar que «mi pasado era el suyo»⁸ supone sufrir en carne propia la misma fractura del padre al huir de la furia exterminadora del nazismo alemán y, al mismo tiempo, vivir la misma «precisa ambigüedad»⁹ con la que su padre revive y oculta recuerdos «que quedan en la conciencia como marcas de los recuerdos de las cosas ya perdidas»¹⁰ y son intraducibles a una lengua común.

De esta forma la narración plantea la imposibilidad de acceder a un legado por parte de un narrador-hijo que experimenta su desarraigo respecto del residuo educativo del pasado europeo del padre en el que «había algo secretamente dirigido a que nosotros aprendiéramos algo, aunque en ningún momento hayamos sabido nada más de lo que aquí llevo puesto en relación con sus recuerdos de Europa»¹¹. Ambigüedad y dispersión le otorgan a un pasado congelado pero ejemplificador su eficacia didáctica, no exenta de arbitrariedad en tanto el pasado del padre «era un hecho ‘dado’ al aparecer yo en el mundo»¹². Para el hijo aceptar ese pasado inasible como un hecho «dado» sin posibilidad de modificación es un modo de buscarse a sí mismo, y negociar el lugar de su pertenencia en una historia familiar articulando un nexo entre exilio, hueco europeo del padre y el intento de recomponer piezas de una memoria fracturada.

Anclada en una geografía del desplazamiento, la mirada al sesgo del narrador-hijo no se constituye solamente con palabras que significan en la ausencia. Aprovecha la posibilidad de recomponer una memoria ocultada en la comunión espacial «marcadamente geográfica»¹³ del tablero de ajedrez donde el padre interroga su pasado y el hijo imagina la historia del padre. La cercanía corporal y los gestos de un padre pensativo y silencioso permiten compartir un pasado estando del mismo lado. De este modo el ajedrez activa la combinación de reconocimiento y ajenidad: con la repetición obsesiva de la palabra «jaque» el padre se empeña en no confesar sus recuerdos y el hijo, escudriñando gestos y actitudes, reflexiona sobre las zonas oscuras de su pasado creyendo que «éste era una realidad que me pertenecía tanto como a él el suyo, o aún más»¹⁴.

⁶ I. Logie, *Relatos ficcionales de filiación que operan un decentramiento lingüístico: Lenta biografía de Sergio Chejfec*, El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia de *Patricio Pron* y *Más al sur de Paloma Vidal*, en *La impronta autoficcional. (Re)fracciones del yo en la narrativa argentina contemporánea*, al cuidado de José Manuel González Álvarez, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2018, pp. 59-74.

⁷ En el caso de Chejfec la categoría fragmentaria de posmemoria y la forma del relato testimonial son pertinentes. El autor hereda la experiencia traumática paterna como un pasado fracturado y por lo tanto su relato tiene un carácter mediado, en tanto la autoficción imagina desde su propia subjetividad e imagina donde no puede recordar.

⁸ S. Chejfec, *Lenta biografía*, cit., p. 145.

⁹ *Ivi*, p. 65.

¹⁰ *Ivi*, pp. 65-66.

¹¹ *Ivi*, p. 162.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ivi*, p. 66.

¹⁴ *Ivi*, p. 67.

Aproximación de un hijo a la memoria intransferible del padre, *Lenta biografía* pone en escena una singularidad judía que surge de la ausencia. Las cuestiones relacionadas con el ser judío prescinden de cualquier plano referencial, escasas coordenadas espacio-temporales focalizan un espacio doméstico e informan que la historia transcurre en la infancia del narrador. Respecto de una estrategia agazapada en los recuerdos europeos, y en ausencia de fotos y cartas que permitan reconstruir un archivo familiar, las historias religiosas populares que se leen en la cena de pascuas arrojan una tibia luz (como la de las velitas encendidas) sobre una vida anterior y dan una idea de pertenencia como lugar provisional y aún en devenir.

Vinculada a la imposibilidad de acceder a un legado, está la ajenidad del padre para con el medio argentino por su casi nulo conocimiento del castellano; es más, a pesar de su soltura en hablar ruso, ídich, polaco, el hombre es un exiliado de su lengua materna porque vive su experiencia del idioma como una falta. La intraducibilidad del ídich es metáfora del desarraigo del padre para con su pasado, percibido como propio y ajeno, y da cuenta del sentimiento de extranjería que sufre al acercarse a sus recuerdos. De manera que, al asumir la condición de un padre extranjero en la Argentina, la escritura del narrador-hijo opera como lugar compensatorio del laconismo del padre y de la fisura de un pasado perturbador constituyéndolo en pulsión narrativa que da cuenta de la intraducibilidad de una experiencia.

Gestos y movimientos con que el padre revive y oculta recuerdos de familiares desaparecidos y fragmentos que los amigos mencionan en ídich acompañan reuniones dominicales y son un modo de recomponer una memoria borrosa desandando su pasado europeo. Las voces graves de los exiliados de su lengua materna y sus imágenes evanescentes abren al lugar inasible de culturas en diáspora. Gestualidad y sonoridad de relatos en un idioma ininteligible «tan parecido a la masticación»¹⁵ dan cuenta de una jerga inestable y nómada que carece de toda mediación traductiva: los domingos en casa Chejfec están atravesados por la migración de una lengua a otra y por la distancia geográfica y cultural de un idioma sin estructuras lingüísticas elaboradas. La posición liminar desde la cual el narrador capta sonidos de una lengua diaspórica, imperfecta y finalmente oral, compuesta por aportes lexicales de distintos idiomas mayores, es otra manera de decir la errancia y la fractura que surge de la incomprensión.

Una insalvable distancia se percibe tanto en las palabras graves y pausadas con que el padre oculta en un cono de sombra su pasado como en voces y sonidos que materializan la desterritorialización de los contertulios. Historias que delatan una «fraternidad referencial»¹⁶ abren a una geografía europea lejana e intransferible, a un judaísmo ancestral. Para un narrador judío secular y asimilado que no conoce el ídich, los relatos en el comedor contemporizan el presente y el pasado y corporizan la doble herencia educativa de la diáspora judía: la otredad de los judíos no occidentales con su peculiar identidad lingüística y la conciencia de ser «víctimas y depositarios de una suerte de catástrofe universal-europea»¹⁷.

Siendo una aproximación de un narrador desterritorializado a la identidad judía, el relato enfatiza cómo el ídich, lengua diaspórica que escapa a toda categoría conceptual, desestabiliza toda idea de pertenencia y problematiza el significante judío en relación al

¹⁵ *Ivi*, p. 23.

¹⁶ *Ivi*, p. 28.

¹⁷ *Ivi*, p. 87.

recuerdo y a la transmisión de una herencia a través de la palabra. En la novela la presencia del ídich convoca la relación que un escritor entre lenguas como Franz Kafka mantiene con ese idioma sin gramática que vive de palabras robadas y nómadas. Kafka no identifica la territorialidad lingüística de los judíos con el ídich sino que lo vincula con el movimiento de deterritorialización nómada que afecta al alemán¹⁸. Para el escritor judío de Praga que escribe en alemán escuchar el ídich con el corazón significa reconocer la ajenezidad como parte del sí mismo, convirtiendo un idioma desconocido y lejano en una experiencia emocional cargada de significado por sí misma. Sinónimo de creación nómada por su estar en el entre-lugar de distintas lenguas, el ídich es «un parlare da straniero a straniero, [...] dunque principalmente esperienza di differenza nel tempo e nello spazio»¹⁹.

En el comedor de los Chejfec los relatos en ídich transparentan migración, exilios, contaminación, heterogeneidad. Ese hablar de extranjero a extranjero, la intraducibilidad y la arbitraria polisemia del idioma dan cuenta de la experiencia singularmente opaca del narrador para quien recordar es imposible y vano. De manera que la ficción que trabaja la grieta entre la palabra y lo real patentiza tanto la intraducibilidad del ídich como la aporía del sentido del no lugar de una historia familiar. Es más, el relato desestabiliza la posibilidad misma de escribir rescatando relatos en ídich y asumiendo como legado «un tiempo ya inexistente y una cronología cristalizada»²⁰. Renueva la incertidumbre del acto narrativo porque la palabra de un idioma diáspórico, al expresar la babel del lenguaje, sus múltiples voces e identidades, escenifica otra imposibilidad más de elucidar el pasado del padre. De ahí que recordar no sea encontrar la verdad de la historia sino narrar estando en la distancia justa que permite aliviar el carácter melancólico del relato y elaborar el trabajo de duelo.

Relato autorreflexivo e introspectivo de una experiencia opaca, *Lenta biografía* puede leerse también como una interrogación acerca de cómo la identidad en la diáspora dice algo de sí cuando la escritura autobiográfica interpela la herencia y trata de ofrecer una respuesta a la pregunta sobre el yo y el otro y su duelo²¹. El narrador-hijo se pone en escena como un doble asimétrico que interroga la identidad fracturada del padre en los bordes de la memoria y asume la grieta que produjo su exilio:

Ese mismo mar oblicuo que él atravesó escapando del espanto generalizado, ese continente inclinado de su pasado que él se obstinaba en ocultar... producían en mí esos recuerdos sesgados que no son otra cosa que las imaginaciones del pasado, y reproducían –algo involuntariamente– en ellos (en mí) la nostalgia propia de los desarraigados con la particularidad de que yo no era quien los había padecido sino la figura austera y silenciosa de mi padre.²²

Si el devenir otro del narrador-hijo que en el exilio del padre encuentra uno de los pliegues de su propia identidad biográfica y convoca una idea del relato bajo el signo de la errancia y la desobjetivación, escribir “en nombre” del otro, instituirse en testigo, dar cuenta de la palabra del que no puede hablar, asumir un legado de antemano inarticulable abre

¹⁸ Cfr. G. Deleuze y F. Guattari (1975), *Kafka. Per una letteratura minore*, Macerata, Quodlibet, 1996, p. 46.

¹⁹ C. Vitale, *Il Discorso sulla lingua yiddish di Franz Kafka: nomadismo e vitalità della lingua*, en *Kafka. Ibridismi*, al cuidado de Giovanni Sampaolo, Macerata, Quodlibet, 2010, p. 72.

²⁰ S. Chejfec, *Lenta biografía*, cit., p. 119.

²¹ J. Derrida, *Memorie per Paul de Man. Saggio sull'autobiografia*, Milano, Jaca Book, 2017, pp. 40-42.

²² S. Chejfec, *Lenta biografía*, cit., p. 102.

al concepto de otredad²³. De entrada se plantea como otredad constitutiva del sí mismo, que en la fluctuación entre lo mismo y lo otro habilita la identidad del hijo en tanto identidad narrativa²⁴. Además posibilita una violencia sobre la palabra ausente que, al obstruirla, habla por ella y, apropiándose de ella, la deforma. Ser testigo implica una disyuntiva al anular una voz ausente porque encuentra una palabra que otorga una forma de representabilidad a lo irrepresentable y, al ejercer una violencia sobre la palabra ausente, la anula.

Para el narrador-hijo, hablar en nombre del padre implica una violencia simbólica que surge de la imposibilidad de representar la palabra muda. Narrar por delegación una historia con palabras que se construyen y significan en la ausencia, con trozos de recuerdos evocados en ídich por los amigos del padre y rememorando imágenes evanescentes, da cuenta de la opacidad de toda memoria a la hora de interpelar una herencia. En ese no lugar de una historia familiar, Chejfec construye una literatura del exilio que se apoya en la errancia como escenario del discurso y se posiciona en el entre-lugar donde el ídich de los amigos y los silencios del padre sitúan la intraducibilidad como el territorio mismo de la escritura. Al instalarse en el pasado del padre por delegación, el narrador-testigo choca con una lengua infranqueable porque, como afirman Deleuze y Guattari en *Kafka. Por una literatura menor*, nunca la misma historia puede pertenecer a dos idiomas distintos con la misma intensidad²⁵.

Palabras, miradas, sentimientos lejanos autorizan suposiciones precarias y el eco de voces que evocan la catástrofe de los judíos europeos configuran una «memoria borrosa y escandida por el dolor»²⁶. En palabras de Emmanuel Lévinas: «si el otro habita en mí, entonces mi Decir estará también determinado por esa presencia traumática»²⁷. Respecto de la inevitabilidad de la presencia del Otro en el hijo, *Lenta biografía* es una peculiar forma de recomponer una imagen testimonial: la imposibilidad de dar cuenta del espacio en blanco del pasado impone la necesidad de aprehenderlo rememorando la intraducible singularidad del padre como memoria judía, asumiendo la responsabilidad del lenguaje y a la vez, como testigo, tomar un lugar por delegación. De los pertinaces silencios del padre y de una condición judía vinculada a la experiencia del duelo y al exilio interior, surge la posibilidad para el hijo de pensar los hechos de la vida del otro como si fuesen suyos y a tomar la palabra desde una genealogía condicionada por la destrucción y la supervivencia.

De esta manera «la ceremonia de escribir logra disolver el carácter profundamente melancólico del relato»²⁸ y a la vez es una reflexión densa sobre la indeterminación, la incertidumbre, la disolución como inherentes tanto al acto de recordar como al mismo ejercicio literario. De manera ambivalente el narrador-hijo establece su vinculación con el pasado virtual y los ocultamientos del padre. Congelado y ejemplificador, ese hueco mantiene su capacidad educativa: es el legado de una palabra ausente que el testigo asume en su traumática contradictoriedad transformándolo en una interrogación sobre su singularidad biográfica. Así que la originalidad de la novela radica en el hecho de que trabaja la memoria de la Shoah desplazándola de su sentido cristalizado. Su valor didáctico opera

²³ Cfr. M. Wikinski, *El trabajo del testigo*, Buenos Aires, La Cebra, 2016, pp. 34-37.

²⁴ Acerca de cómo la interpretación de sí mismo encuentra en el relato una mediación privilegiada véase la conocida reflexión de P. Ricoeur, *Sé come un altro* [1990], Milano, Jaca Book, 2016, pp. 201-205.

²⁵ G. Deleuze y F. Guattari, *Kafka. Per una letteratura minore*, cit., p. 43.

²⁶ S. Chejfec, *Lenta biografía*, cit., p. 24.

²⁷ E. Lévinas, *Dios, la muerte y el tiempo*, Madrid, Cátedra, 2005, p. 233.

²⁸ I. Logie, *Relatos ficcionales de filiación...*, cit., p. 66.

como factor de transmisión generacional porque la familia desaparecida del padre es el espacio virtual donde se genera el recuerdo. Y la ausencia es el principio productivo de una introspección del yo como exilio debido a la intraducibilidad de un pasado que carece de un idioma común en el que expresarse.

En este sentido un relato autobiográfico que trata de aprehender huellas y huecos de la memoria familiar se interroga si la condición judía como errancia es algo que se hereda. La novela ofrece un respuesta ambivalente porque oscila entre la necesidad de inscribirse en una genealogía y el reconocimiento que el pasado virtual y oscuro del padre es una construcción ficticia²⁹. Lejos del esencialismo, la identidad judía del hijo hay que pensarla como expropiación de un origen y de un tiempo ya inexistente, pero aún vigente como atadura al tiempo de la infancia que perdura. Esto se da en la forma de una fluctuación entre lo mismo y lo otro, en la temporalidad disyuntiva que convocan los relatos en ídich y en «el hueco que significó siempre dentro de mi conciencia y pensamiento el pasado de mi padre»³⁰. De manera que hablar por otro e interpretar una palabra ausente e intrasferible es a la vez expropiar el origen y fijar el territorio propio del narrador borrando el rostro del padre en la diáspora de palabras ajenas. Sin olvidar que para quien habita el margen como condición existencial, la palabra no sutura la grieta sino todo lo contrario: desestabiliza la pertenencia y da cuenta de una filiación siempre en entredicho.

3. En busca de cuerpos ausentes y objetos-vestigio

La indeterminación y el nomadismo como un tipo de identidad, la errancia de sujetos desterritorializados, una escritura que trabaja la opacidad de toda memoria, la problematización y la arbitrariedad de los recuerdos, la ambigua consistencia de objetos que se here- dan configuran la condición judía en otras narraciones de Chejfec.

Protagonista del relato *El extranjero* (1993) es Ernesto, hermano del narrador y viajero virtual que vive un destierro permanente. Su sangre judía (que en su caso no enfatiza ninguna identidad religiosa) lo compele a viajar, lo induce al nomadismo, «a querer estar todo el tiempo retornando a ese extranjero global de donde procedía»³¹. Sus fantasías patentizan tanto la necesidad de distanciarse del hogar familiar como la no pertenencia espacial. Su compulsiva tendencia a buscar un espacio otro y a hablar del mundo frente a un mapa tiene su correlato en la espesa presencia de su cuerpo en el ámbito doméstico: su locuacidad, sus manos y ojos patentizan que la percepción de la superficie del mapa coincide con la percepción de sí. El mapa es el “mundo” que lo contiene³².

²⁹ También Ariana Huberman señala que el abordaje del hijo a la memoria silenciada del padre remite al concepto de posmemoria acuñado por Marianne Hirsch («Esta novela representa un gesto de conmemoración de la segunda generación») y destaca cómo «el obstinado uso de los paréntesis y guiones en el texto [...] –como herramientas textuales que ponen énfasis en la traducción histórica, geográfica y lingüística que ejerce *Lenta biografía*– ponen en evidencia los procesos de construcción tanto de la identidad –judía, argentina– como de la memoria en ese texto». Cfr. A. Huberman, *Paréntesis sobre paréntesis: memoria y escritura en Lenta biografía de Sergio Chejfec*, en *Memoria y representación. Configuraciones culturales y literarias en el imaginario judío latinoamericano*, al cuidado de Ariana Huberman y Alejandro Meter, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006, pp. 97-98.

³⁰ S. Chejfec, *Lenta biografía*, cit., p. 127.

³¹ S. Chejfec, *El extranjero*, en «Punto de vista», año XVI, n. 45, abril de 1993, p. 9.

³² En el cuento destaca como significante el componente somático y perceptivo entre personaje y espacio (la casa, el cementerio, el mapa del mundo). Y tal como el sujeto es más que otra cosa un cuerpo, la intersubjetividad es

Para Ernesto la mera imaginación del viaje, el goce estético de la superficie del mapa es el mundo de la experiencia. El interrogante con el que se plantea lo peculiar de viajar sin hacerlo nunca y justificar su pasividad –«¿No es precisamente en el extranjero donde lo propio se le aparece a uno como cierto y determinante?»³³– revalida su localización inestable aun en el medio familiar. Su «*désappartenance géographique*»³⁴ expresa la ubicuidad de un viajero virtual cuyo autorreconocimiento depende de sus fantasías geográficas. El cuento escenifica un conjunto de experiencias sensibles (el sueño del color azul del narrador seguido por el sueño del mundo como si fuera un mapa, el habla concentrada del hermano) mezcladas a vivencias a medias diurnas y a medias oníricas que culminan en el vacío causado por el cuerpo ausente del hermano suicida.

En el viajero virtual la herencia judía y su geografía mental convocan algo más que el conocido topos del judío como extranjero permanente y del exilio como experiencia constitutiva de la existencia moderna. La «totalidad absolutamente inabarcable»³⁵ de las ensoñaciones de Ernesto no despliega el “estar fuera” de un sujeto que vive la condición de extranjería en lo propio. Viajero virtual, con su movimiento de salida Ernesto va hacia lo otro, lejos del espacio familiar para reencontrar lo propio y por lo tanto tendría un componente positivo. La dialéctica del exilio del yo como tránsito por lo negativo implica una expropiación que culminaría en la ansiada reapropiación de su identidad diaspórica.

En realidad, lo que la narración despliega es la figura del exilio como negatividad no dialectizable. O sea que el extrañamiento que moviliza a Ernesto vendría a ser no una negatividad que no lleva a nada, sino una propiedad del exilio en tanto que *ex*. De manera que su condición de judío exiliado de sí mismo, no es algo que sobreviene a lo propio sino que es la dimensión misma de lo propio. Ernesto no está en exilio en el interior de sí mismo, sino que es sí mismo un exilio en tanto el nomadismo virtual que viene de su herencia judía lo sitúa en una posición de ajenidad en la familia. La relación consigo mismo no tiene lugar porque Ernesto no tiene un lugar en la familia. Al no viajar, Ernesto es un extranjero en su casa.

Jean-Luc Nancy ha investigado la noción de exilio como lo propio planteando que «su dimensión de propiedad podría denominarse quizá “asilo”». Pensar el exilio como asilo acredita «el exilio como constituyendo por sí mismo la propiedad de lo propio»³⁶. Ese lugar de asilo en el exilio abarca tres dimensiones: el lugar del cuerpo y del lenguaje y el lugar del «con». Lo que me interesa destacar es cómo en *El extranjero* las tres dimensiones interactúan. En principio la locuacidad con que Ernesto oculta lo irrealizable da cuenta del lenguaje mismo como exilio del sentido. La proximidad del cuerpo y del len-

principalmente una intercorporeidad.

³³ S. Chejfec, *El extranjero*, cit., p. 7. Cito lo que Chejfec escribe sobre la revelación que una frase de Flaubert ha arrojado sobre su vida en el extranjero y de cómo uno busca lo distinto como confirmación de lo propio: «¿Dónde si no en el extranjero lo propio se convierte en cierto y determinante?», en Sergio Chejfec, *La pesadilla*, en *Poéticas de la distancia: adentro y afuera de la literatura argentina*, al cuidado de Sylvia Molloy y Mariano Siskind, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006, p. 113.

³⁴ Cfr. B. Coquil, *Désappartenences géographiques dans l'oeuvre de Sergio Chejfec*, en *Viajes, exilios y migraciones: representaciones en la literatura latinoamericana del siglo XXI*, al cuidado de Efrén Ortiz Domínguez e Isabelle Tauzin-Castellanos, Julio de 2016, Pessac, Francia, 2018, p. 359; <<https://halshs.archivoeouvertes.fr/halshs-02175645>>, consultado el 20 de septiembre de 2020.

³⁵ S. Chejfec, *El extranjero*, cit., p. 8.

³⁶ J.-L. Nancy, *La existencia exiliada*, en «Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura», números 26-27, Invierno 1996, p. 38.

guaje supone una proximidad que es alejamiento y expresa con ese «con» el exilio y el asilo que no tiene nombre para ser nombrado porque alude a la geografía como la ya mencionada «totalidad absolutamente inabarcable»³⁷. El cuerpo (presente y ausente) del hermano del narrador es uno de los nombres del exilio: es tanto el exilio como el asilo en el que algo así como su “yo” queda expuesto. O sea que su interioridad queda expuesta, planteada como fuera: su percepción de sí no se da en el espacio de la casa sino del mapa: en su exilio Ernesto está al abrigo. Asimismo su inasible pertenencia geográfica impide que su incansable viajar por los mapas se sustancie en herencia, en recuerdos: tras el suicidio los mapas que permanecen en casa dan cuenta del exilio de Ernesto como la constitución misma de la existencia. En tanto su cuerpo era el exilio en el que Ernesto estaba expuesto, con su muerte los mapas no exhiben ningún lenguaje que sea legible y exprese el sentido de ese exilio. El lenguaje de los mapas, pensado como exilio del sentido, es él mismo ese exilio.

Enfrentados a ese exilio como si fuera propio, los familiares (el narrador y la madre) buscan en vano un lenguaje para encontrar su ser en común en el asilo del exilio. Caminan por los senderos del cementerio acoplando el espacio con el tiempo: con sus pasos trazan un diseño del recuerdo de Ernesto e imaginan que la apropiación espacial –deambulando en silencio por las tumbas– configure la geografía de una memoria inalcanzable: «La misma sangre judía que lo había compelido a viajar, ahora nos empujaba a trazar recorridos por el cementerio»³⁸. De manera similar el narrador busca en los mapas un recorrido familiar con el que «retornar a una geografía frecuentada y entrevista a la vez», pero obtiene «un efecto de realidad alrededor de algo en absoluto ilusorio»³⁹. Tras la muerte de Ernesto, la virtualidad de su inasible status de viajero y la herencia judía que lo compelia a viajar exigen otros nombres con que pensar el vacío. Obligan a buscar el sentido de su compulsiva tendencia a hablar del mundo delante de un mapa y a darle asilo en la demanda infinita de significados que es el lenguaje mismo.

Es, justamente, la perspectiva del lenguaje como exilio del sentido que habilita su relación con el binomio muerte-lenguaje tal como lo ha analizado Giorgio Agamben en *Il linguaggio e la morte*. Siguiendo a Agamben y respecto del hombre como hablante que tiene “facultad” de la muerte, hay que recordar que si bien dichas determinaciones esenciales le abren su propia morada, al mismo tiempo revelan que el lugar del lenguaje está siempre atravesado por la negatividad. Como hemos visto, el discurso de Ernesto puede tener-lugar gracias a su voz y *El extranjero* enfatiza la materialidad de su habla en tanto expresión de los afectos. Pero el hablar de Ernesto es un mero querer-decir con un significado desconocido y sus fantasías orales remiten a tierras incógnitas. Su voz (sonido) no se distingue de la Voz como tener-lugar del lenguaje⁴⁰. La Voz patentiza la relación inauténtica del hombre con el lenguaje y, en tanto lugar abierto a la temporalidad, está marcado por una falta de intelegibilidad que hay que superar.

³⁷ S. Chejfec, *El extranjero*, cit., p. 8.

³⁸ *Ivi*, p. 11.

³⁹ *Ivi*, p. 10.

⁴⁰ Escribe Agamben que al personificar la escisión entre viviente y lenguaje (común a todos los humanos), la Voz como pura intención de significar «ha lo statuto di un *non-più* (voce) e di un *non-ancora* (significato), e costituisce necessariamente una dimensione negativa. Essa è fondamento, ma nel senso che essa è ciò che va a fondo e scompare, perché l'essere e il linguaggio abbiano luogo». Cfr. G. Agamben, *Il linguaggio e la morte. Un seminario sul luogo della negatività*, Torino, Einaudi, 2008, p. 49.

Hay más de una coincidencia entre las fantasías de viaje de Ernesto –y su desreferencialización espacial como lugar de origen– y el gran número de «preguntas intrasferibles e incontestables»⁴¹ que la literatura argentina ha planteado con el topos del viaje al vacío geográfico demostrando la imposibilidad del viaje real. El vacío como lugar de origen (lo hemos visto en *Lenta biografía*), el proyecto literario de Chejfec lo escenifica también en la ubicuidad problemática y la localización incierta de un narrador que transita espacios urbanos en disolución⁴². Narraciones que son como un mapa de un viaje despliegan la tensión entre el adentro/afuera y una escritura con sus vueltas y rodeos es la casa del escritor diaspórico. Novelas marcadas por el desplazamiento interno y coordinadas espacio-temporales inciertas mezclan ficción, confesión autobiográfica y ensayo.

Errancia y rememoración despliegan la narración en la *nouvelle Mis dos mundos* donde un narrador a punto de cumplir cincuenta años que se define un «don nadie» –desfiguración que evoca al mismo Chejfec– asocia el motivo del nomadismo a la experiencia de la ciudad. Deambular por un parque urbano en el sur del Brasil que funciona como catalizador de la escritura no es el principio rector de una nueva religión urbana. El paseante curioso procede más bien hacia el pasado, hacia

destinos alejados, casi inalcanzables o inaccesibles, poniendo a prueba los mapas [...] como la última experiencia que puedo ofrendar al paisaje de ruinas por donde me muevo, sin fuerzas para remontarlo ni destruirlo.⁴³

Un narrador que narrativiza la disolución de la experiencia del paseo transforma una aventura espacial en una caminata en el tiempo. Sus andanzas culminan en el autorreconocimiento de una subjetividad consciente de estar en *dos mundos*: el caminante rememora su origen judío y, al evocar un viaje anterior a una ciudad de Alemania destruida por los bombardeos en la segunda guerra mundial, rescata objetos-vestigio de su familia. El propio recorrido de la escritura fluctúa entre lo que permanece y lo que cambia y el paseante vive un presente que posibilita la imaginación de otros tiempos posibles, una temporalidad simultánea que convoca una trama afectiva y familiar habitada por discontinuidades:

Es curioso, pensaba, cómo uno se abandona al futuro y busca recuperar el pasado. Pero recuperar no era la palabra. Yo quería poca cosa, apenas atisbarlo. Sin embargo cualquier indicio que descubriera sería para mí una revelación, desde la rama quebradiza y fosilizada de un árbol desaparecido, hasta la reminiscencia de un paisaje infantil [...] en el Brasil todo me empujaba al pasado. A un pasado borroso, precerebral, que envolvía mis percepciones y me afectaba el juicio, derrumbándolo.⁴⁴

La escritura da cuenta de cómo andar es apropiarse del lugar y a la vez del modo en que la memoria sale al paso y aparecen restos y vestigios de un pasado familiar.

⁴¹ S. Chejfec, *Viaje y sufrimiento*, en *El punto vacilante. Literatura, ideas y mundo privado*, cit., p. 57.

⁴² E.H. Berg puntualiza que los personajes de Chejfec «sólo caminan, singularizándose en tanto sujetos, al asumir el paseo o la caminata como una manera de posicionarse (en tanto anclaje físico, verbal y lingüístico) sobre los no lugares (los espacios homogéneos y monótonos) que van transitando». Cfr. E.H. Berg, *Paseantes solitarios*, en *Intervenciones*, edición al cuidado de Edgardo H. Berg y Nancy Fernández, Mar del Plata, Universidad Nacional de La Plata y La Bola Editora, 2015, p. 144.

⁴³ S. Chejfec, *Mis dos mundos*, Barcelona, Editorial Candaya, 2008, p. 57.

⁴⁴ *Ivi*, p. 72.

La sollicitación a meditar en el transcurrir del tiempo, «en el pasado y en el porvenir, en lo desconocido y en lo abandonado, lo perdido y lo desaprovechado»⁴⁵ abre a la perturbadora sensación de estar marcado por el pasado en forma de huella. La caminata despliega la fantasía de encomendar a objetos preciados y anticuados destinados a sus sobrinos la tarea de recomponer la fisura entre la percepción del tiempo como fin y su rescate en forma de memoria familiar:

Pensaba en el reloj inverso, en la tremenda enseñanza que significaría para algún sobrino y después para los que vinieran en generaciones subsiguientes. La enseñanza perenne de mirar hacia atrás, y la prueba irrefutable de provenir de un lugar concreto».⁴⁶

El reloj pulsera encontrado en la ciudad alemana despierta el recuerdo de la aniquilación de buena parte de su familia en la Shoah e interpela el ambivalente carácter del sentimiento memorial-afectivo del pasado: surge como una ruptura del tiempo y es indicio de discontinuidad, del hueco entre el presagio del tiempo como fin y la memoria que reintegra el pasado en el proceso de la escritura⁴⁷.

A través de la emoción del recuerdo los objetos (el reloj inverso, el encendedor del abuelo y el largavista del padre) constituyen legados que activan una ambivalente actitud con respecto al origen judío: pueden ocultar la tragedia de la desaparición o habilitar la rememoración de personas y espacios familiares:

Una familia como la mía, venida de esa nada que es el mundo sostenido más allá del océano, ignorante de cualquier detalle previo a pocas décadas atrás, de pronto tendrá en el futuro unas marcas tangibles de un pasado casi profundo, objetos que condensarán la historia de personas y cuerpos.⁴⁸

Lugar de encuentro con la memoria familiar, los objetos-vestigio dan testimonio y se depositan en personas y cuerpos. Enlazan futuro y pasado, definen una pertenencia, operan como indicios de lo inalcanzable del tiempo transcurrido y a la vez son rastros, huellas sensibles que con su ambivalente carga emocional marcan el mundo interno del narrador y lo interpelan. El reloj inverso materializa la voz contradictoria de los objetos, mide el tiempo y a la vez dice lo contrario, es marca del pasado y funciona como una advertencia: ¿el tiempo puede revertirse?, ¿puede volver a suceder lo que ocurrió en Alemania en la primera mitad del siglo XX? Por un lado la caminata activa una memoria en forma de ruina, fragmento que convoca un entero que puede recombinarse en distintas modalidades:

En las caminatas una imagen me lleva a un recuerdo, o varios, que a su vez imponen otras evocaciones y pensamientos conectados, muchas veces azarosos, etc., creando en general delirantes ramificaciones temáticas que me desbordan y me dejan exhausto.⁴⁹

⁴⁵ Ivi, p. 103.

⁴⁶ Ivi, p. 69.

⁴⁷ Véase sobre las metamorfosis de la memoria contemporánea respecto de los lugares del recuerdo, los espacios públicos y privados y los sentimientos que interrogan el pasado, el fino estudio de A. Tarpino, *Geografie della memoria. Case, rovine, oggetti quotidiani*, Torino, Einaudi, 2008, pp. 34-38.

⁴⁸ S. Chejfec, *Mis dos mundos*, cit., p. 65.

⁴⁹ Ivi, p. 24.

Por otro, la rememoración tiene su correlato en la percepción del sí mismo y habilita una temporalidad aprehensible. Objetos de uso cotidiano definen una pertenencia, convocan el espacio doméstico de la vida y la infancia de un narrador que en su presente reencontra el tiempo transcurrido. Pocas horas de caminata rescatan el mundo interno de su opacidad y un sujeto descentrado respecto del lenguaje logra una identidad narrativa como «anclaje necesario del (auto)reconocimiento y la permanencia, y aquello cambiante, abierto a la temporalidad: una identidad no esencial, relacional, que se deslinda también en la otredad del “sí mismo”»⁵⁰. Son las cuestiones que definen la poética de Chejfec: la errancia como forma de identidad, el paseo como desencanto de cualquier aprendizaje posible, la morada como lugar en devenir y la desubicación como catalizador de una escritura autorreflexiva.

Lugar de enunciación de un narrador que percibe la temporalidad disyunta de pasados presentes, la aventura espacial opera como catalizador de lo vivido y lo imaginado⁵¹. Despliega el rescate de reliquias de sentido, huellas de días y objetos olvidados y de una memoria familiar clausurada. En la distancia justa, libera los objetos-legado de su inflexión perturbadora e inscribe la herencia en la patria imaginaria del ser judío.

Bibliografía

- Agamben Giorgio, *Il linguaggio e la morte. Un seminario sul luogo della negatività*, Torino, Einaudi, 2008.
- Arfuch Leonor, *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Berg E.H., *Paseantes solitarios*, en *Intervenciones*, edición al cuidado de Edgardo H. Berg, Nancy Fernández, Mar del Plata, Universidad Nacional de La Plata y La Bola Editora, 2015.
- Chejfec Sergio, *El extranjero*, en «Punto de vista», año XVI, n. 45, abril de 1993.
- _____, *La pesadilla*, en *Poéticas de la distancia: adentro y afuera de la literatura argentina*, al cuidado de Sylvia Molloy, Mariano Siskind, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006.
- _____, *Lenta biografía* (1990), Buenos Aires, Alfaguara, 2007.
- _____, *Marcas en el laberinto. Literatura judía y territorios*, en *El punto vacilante. Literatura, ideas y mundo privado*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2005.
- _____, *Mis dos mundos*, Barcelona, Editorial Candaya, 2008.
- Coquil Benoît, *Désappartenences géographiques dans l'oeuvre de Sergio Chejfec*, en *Viajes, exilios y migraciones: representaciones en la literatura latinoamericana del siglo XXI*,

⁵⁰ L. Arfuch, *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 76.

⁵¹ Al instalar el género urbano-experiencial del paseo, *Mis dos mundos*, como otras novelas de Chejfec, guarda más de un paralelismo con las reflexiones de Michel De Certeau sobre la «retórica del andar» y la errancia como práctica de apropiación del espacio. Asimilando la escritura con la caminata y articulando una «segunda geografía, poética» el paseo por el parque posibilita el rescate de reliquias de sentido, ruinas, huellas de días y objetos olvidados y de una memoria familiar clausurada. Cfr. M. De Certeau (1990), *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, trad. Carlos Pescador, edición al cuidado de Luce Giard, México, Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores, 2007, pp. 115-119.

- al cuidado de Efrén Ortiz Domínguez e Isabelle Tauzin-Castellanos, Julio de 2016, Pessac, Francia, 2018, p. 359; <<https://halshs.archivoeouvertes.fr/halshs-02175645>>, consultado el 20 de septiembre de 2020.
- De Certeau Michel (1990), *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, trad. Carlos Pescador, edición al cuidado de Luce Giard, México, Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores, 2007.
- Deleuze Gilles, Guattari Félix (1975), *Kafka. Per una letteratura minore*, Macerata, Quodlibet, 1996.
- Derrida Jacques, *Memorie per Paul de Man. Saggio sull'autobiografia*, Milano, Jaca Book, 2017.
- Huberman Ariana, *Paréntesis sobre paréntesis: memoria y escritura en Lenta biografía de Sergio Chejfec*, en *Memoria y representación. Configuraciones culturales y literarias en el imaginario judío latinoamericano*, al cuidado de Ariana Huberman, Alejandro Meter, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006.
- Lévinas Emmanuel, *Dios, la muerte y el tiempo*, Madrid, Cátedra, 2005.
- Logie Ilse, *Relatos ficcionales de filiación que operan un decentramiento lingüístico: Lenta biografía de Sergio Chejfec*, El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia de Patricio Pron y Más al sur de Paloma Vidal, en *La impronta autoficcional. (Re)fracciones del yo en la narrativa argentina contemporánea*, al cuidado de José Manuel González Álvarez, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2018, pp. 59-74.
- Nancy Jean-Luc, *La existencia exiliada*, en «Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura», números 26-27, Invierno 1996.
- Ricoeur Paul, *Sé come un altro* [1990], Milano, Jaca Book, 2016.
- Tarpino Antonella, *Geografie della memoria. Case, rovine, oggetti quotidiani*, Torino, Einaudi, 2008.
- Vitale Claudia, *Il Discorso sulla lingua yiddish di Franz Kafka: nomadismo e vitalità della lingua*, en *Kafka. Ibridismi*, al cuidado de Giovanni Sampaolo, Macerata, Quodlibet, 2010.
- Wikinski Mariana, *El trabajo del testigo*, Buenos Aires, La Cebra, 2016.